

lante, y puesto de rodillas, cruzados los brazos, caida sobre el pecho su divina cabeza, por la grandeza de la afliccion de su alma, y pregúntale, ¿que por qué muda de sitio, ya que no muda de oracion? ¿Que por qué? Mira, y repara que se alarga, y aparta mas de los Discípulos; y piensa que el sueño le alexa de ellos, y conoce que la vigilia, y oracion le acerca, y el sueño, y floxedad le aparta. Vela, y ora si quieres tenerlo contigo; y ora siempre si quieres tenerlo siempre. Mira en la postura de su divino cuerpo, que antes se puso de rodillas, y ahora cruza los brazos, é inclina el cuerpo á la tierra con profunda humildad, para enseñarte en tu oracion, que quanto mas orares, mas humilde te has de poner en la divina presencia si quieres conseguir el fin de la oracion; porque el Señor resiste á los soberbios, y dá su gracia á los humildes, y se agrada mas del humilde Publicano, que del arrogante Fariseo. Atiende como repite la misma oracion que antes habia hecho, para que tú no te desveles en buscar nuevos modos, y nuevas oraciones, sino nueva reverencia, humildad, y devocion: en esto siempre te has de portar como nuevo; mas en la perseverancia como viejo. Mira como habiendo orado esta segunda hora, se halló muy quebrantado

de la fatiga, y congoja, que quanto mas oraba, mas crecía, y con este quebranto, y congoja volvió donde estaban los Discípulos, y hallándolos dormidos, se vuelve sin decirles nada: no les aprovechó el primer aviso, y no les dió el segundo. No te duermas, ni echés en olvido los avisos de Dios, porque te harás indigno de ellos, y te dexará en tu descuido el Señor.

29 Considera como dexando el Señor á los Discípulos, volvió tercera vez á la oracion; y como dice San Buenaventura, se alejó otro tanto mas de ellos, y postrado en el suelo, hizo la misma oracion que las dos veces antecedentes, y en ella fueron tantas las congojas, y agonías que le cercaron, que se vió en punto de morir. En esto se le apareció un Angel del Cielo, que le confortó, y animó á padecer la Pasion, y Muerte que le esperaba; y el Señor con las razones del Angel fué puesto en mayor agonía, y pavor; de manera fué, que empezó á sudar sangre por todo su santísimo cuerpo en tanta abundancia, que regaba con ella la tierra. Considera todas las circunstancias de este paso, cada una de por sí, como si te halláras presente. Haz cuenta que le vés, y que vuelve tristísimo, y afligidísimo, dexando á los Discípulos, y se aparta de ellos mucho

cho mas que las otras veces; y entiende que quanto mas dormian, mas lo alexaban de sí: y así te sucederá á tí, si no procuras desvelarte por él. Mira como se pone en oracion, no ya de rodillas como la primera vez, ni inclinado á la tierra como la segunda, sino postrado, y cosido su santísimo rostro con ella, puesto en forma de cruz; y así con mayores muestras de humildad, y conformidad prosigue su oracion. Procura imitarle, y ora con reverencia, y humildad, postrando toda tu alma en la divina presencia, con grande resignacion en la voluntad del Señor; y así haz cuenta que postrado el Señor de aquella manera, y puesto en cruz, le oyes decir con grande humildad: Padre mio, si no puedo dexar de morir, hágase en mí vuestra divina voluntad: aquí me teneis postrado á vuestra disposicion: aquí teneis este cuerpo, vengan los azotes: aquí está esta cabeza humillada, vengan las bofetadas, y espinas: aquí estas manos, y pies, puesto en forma de cruz; venga la Cruz, y vengan los Clavos, que á todo me rindo, y me sujeto. ¿Cómo no habia de alcanzar respuesta una tan humilde, y heroica resignacion? No quieras que Dios haga tu gusto, sino ora para que el Se-

ñor haga en tí el suyo. Mira como luego vés baxar del Cielo un Angel de luz, el qual puesto con gran reverencia delante del Señor, le intima la voluntad del Padre, y le anima á padecer con tiernas, devotas, y humildes razones, ahora fuese con palabras, ahora con inspiraciones: mas el Señor, así que se le intimó la determinacion de su Eterno Padre acerca de su Muerte, y Pasion, tuvo un grandé sobresalto, y fué tan grande la congoja de su santísimo corazon, que empezó á agonizar como uno que está para morir, y juntamente con la agonía, empezó á sudar sangre con grande abundancia; de manera que el Angel que vino á consolarle le causó la mayor agonía con la noticia de la muerte, como lo dá á entender el glorioso Evangelista San Lucas; S. Justino dice, que se le estremeció el corazon (a), y se conmovieron todos los huesos así que oyó la conclusion de su causa. ¡O que amarga nueva! Y si tales efectos hace en el Señor; ¿qué hará en un pecador? Si el desauciar de la vida al Señor le causa tal congoja que le hace sudar sangre, ¿qué tal será tu aprieto quando te veas desauciado de la vida, que quizás la necesitabas para hacer penitencia de tus pecados? El Señor

T 3 se

(1) Dialog. 2. Triph.

se los echó encima de sí, y le hacen sudar sangre. Mira cuánto pesan! Carga, que puesta sobre los hombros de Dios, le hace sudar sangre, ¿cómo con tanta facilidad te la echas acuestas? Hácete cargo de las humanas ofensas la divina Justicia, como diciendo: Paga, y satisface por ellas, pues te has obligado; y es tan cara la paga, que solo el pensarla, y solo el imaginar en el descargo, le da tanta congoxa, que suda sangre. ¿Y tú qué descargo previenes? Mira que no solo se hace el cargo al fiador, sino tambien al culpado: este eres tú; ¿y no te da pena, ni congoxa? Suda sangre el Señor con la pena que le causa lo mal que nos habiamos de aprovechar de sus dolores, y de su muerte; ¡y á nosotros no nos da pena, ni el haberle ofendido, ni el no habernos aprovechado! Mira que insensibles somos!

230 Considera como despues del sudor de sangre se sintió el Señor con valor para poder levantarse: no porque hubiese cesado la fatiga, porque esa fue creciendo hasta la muerte; sino que con ella pudo andar, y volver adonde estaban sus Discipulos; llegó, y les dixo: Dormid ahora, y descansad; veis aquí que ya es llegada la hora, y el Hijo del hombre será entregado en manos de los pecadores. Considera que ves al Señor, que se le-

vanta de la Oracion todo bañado en sangre, y que cogiendo una falda de su manto, con ella se limpia el rostro, como dice San Buenaventura; porque ni siquiera un pañuelo traía: ¡tan extremada era su pobreza! Llegate, y ofrécele uno, aunque sea hecho de la tela de tu corazón; y si está manchada, llégate á la Sacratísima Virgen, y pídele un lienzo de sus manos, que solo ese puede ser á propósito: dile el estado en que dexas á tu Señor, y dale cuenta de todas sus agonias, y trabajos; que aunque en vision todo lo habia registrado su alma santísima, tendrá alivio de verte, para que le lleves de su parte un recado, y un jarro de agua para que se lave su santísimo rostro, que á buen seguro que no les faltaria agua á los ojos santísimos de la Madre, y una tohalla para que se limpie; y despues de haber cumplido con todo, guárdala en lo interior de tu alma; que prendas de tales manos, no piden, ni requieren otro sagrario.

231 Considera como habiendose limpiado el Señor, esforzándose á sí mismo, ves que se llega á los Discipulos, y mirándolos les dice: Dormid ya, y descansad; y oyendo tú estas palabras, vuélvete á su divina Magestad, y rúegale postrado á sus plantas que haga lo que manda hacer á los Discipulos. Dile: Vos, Se-

Señor mio, sois el que debéis dormir, y descansar, porque solo habeis velado, y trabajado; pero los Discipulos que han dormido, y descansado, que velen ahora, y trabajen; y así, sentaos un poco, y descansad de tanta fatiga, que harto os queda que padecer. Haz cuenta que te dice el Señor: Dígoles que quando me tuvieren consigo, duerman, y descansen, que yo entonces los defiende. ¿Cuándo? Despues de haberse cansado, y desvelado por mí; pero ahora, que ni se han desvelado, ni cansado, se lo digo por ironía; que es lo mismo que decirles: Hasta aquí habeis dormido, y descansado; probad ahora á ver si podeis dormir. No podeis, aunque querais; porque ya entra el traidor con su maldita compañía. Alma, aprende de esta santa doctrina: ahora te manda el Señor que trabajes, te desveles en su santo servicio, y que hagas oracion para que puedas prevalecer contra las tentaciones. Si dexas pasar el tiempo en sueño, y descanso, llegará la hora que tienen observada las potestades de las tinieblas, y te quitarán para siempre el sueño de la eterna contemplacion, y el descanso de la Gloria. Guárdate de oir entonces las palabras de ironía que dice ahora el Señor: Duerme ya, y descansa; prueba á ver si puedes, que no podrás aunque quieras. Ve-

la, pues, ahora que puedes. Considera como el Señor dixo á sus Discipulos: Levantaos, y vamos, que ya está aquí el traidor, y diciendo su Magestad Divina estas razones llegó Judas acompañado de un escuadrón de gente armada con espadas, lanzas, hachas, y linternas. Llegóse con temerario atrevimiento al Salvador, y saludándolo le pidió el ósculo de paz: no porque el maldito la solicitase, ni quisiese tener con su Magestad, porque la tenia muy firme, y establecida con el demonio; sino porque era la seña que habia dado á sus enemigos, para que acertasen con el Señor, por ser de noche, y le prendiesen. Piensa en esta maldad insolente de este maldito hombre, teme los altísimos juicios que son como abismos inapeables al discurso humano. Mira á Judas escogido en todo el mundo para Apostol, y Discipulo del Señor: acuérdate que le ves andar con los demas Apóstoles, quando el Señor los enviaba por delante á las Ciudades, y Lugares adonde habia de ir, y que le ves hacer milagros, lanzar demonios, curar enfermedades, y tambien resucitar muertos. Piensa despues de esto, que le ves ordenado de Sacerdote, consagrado en Obispo, y participante de los altísimos misterios, y secretos de Dios; y ahora le ves hecho

Capitan, y Caudillo de la peor gente del mundo, apóstata de la Fe, hecho de la banda del demonio, enemigo mortal de Jesu-Christo, que le vende por treinta dineros, y le entrega á los mas crueles hombres del mundo, gente diabólica, que le desean beber la sangre, y lo compran, no para servirse de él como de esclavo, sino para martirizarlo con terribles tormentos, y matarlo con cruelísima, y afrentosa muerte. A este infeliz estado vino á parar un Apostol de Jesu Christo: esta caída dió un hombre que hacia milagros. Teme no te dexes Dios de su mano: huye de la codicia, que ella fué el lazo con que prendió el demonio á Judas, y cautivo con él hizo tan enormes delitos.

233 Considera el atrevimiento, y desvergüenza de Judas. Bien sabía el maldito discípulo, que el Señor penetraba los corazones, y que en la Cena le habia declarado la maldad que ocultaba en su malvado pecho, y con todo eso se atrevió á darle el ósculo de paz; y dice Teofilacto, sabía la suma bondad, sufrimiento, mansedumbre, y paciencia del Señor; y fiado de ella, y de que no habia de descubrir su maldad, se arrojó temerariamente á su divino rostro, y á señalarlo con su sacrilega, y maldita boca. ¡O temeridad humana! Mira, Chris-

tiano, que tú tambien has sido temerario para con este Señor: mira que tambien le ofendiste, fiado en su misericordia, y en su bondad. Ea, que es sumamente bueno, y misericordioso el Señor, has dicho muchas veces; ¿y te parece que porque es bueno, porque es manso, y benigno, porque es sufrido, y paciente, es bueno ofenderle? ¡O Bondad eterna, y Dios de las misericordias! Perdonad, Señor, nuestros atrevimientos: grandes son, y han sido: ¿puede ser mayor el arrojamiento que tomar motivo de vuestra bondad, y paciencia para ofenderos? ¿Lo que habia de ser causa de mayor amor, eso sirve de argumento para la mayor ofensa? Porque sois bueno, manso, y apacible, aunque no hubiera otra razon, os debíamos amar, y querer con todo nuestro amor; porque ¿qué se ha de amar sino lo bueno? ¿Qué mas se puede desear en un amigo que hallarle noble de condicion, cariñoso, afable, manso, y pacífico? ¿Quién no ama estas prendas en qualquier sugeto? Una sola que se halle en un hombre, le hace de todos amable, y querido; ¿y hallándose todas con otras innumerables en este Señor, no solo no le amamos por ellas, sino que fiados en que es bueno, nos atrevemos á ofenderle? Ea, abre los ojos, amigo, y baste de ceguedad.

Con-

234 Considera como debes la mansedumbre, y bondad del Señor. Pidióle el ósculo el maldito Judas, y su Magestad divina inclinó su santísima cabeza; y teniendo tantas causas, y razones para volver el rostro á otra parte, y apartarlo de aquella fiera, no obstante se lo ofreció, como quien dice: ¿El rostro me pides, Judas, para besarme en él? Ahí le tienes, amigo, mira si me pides otra cosa: no te acortes, que quien te admite al ósculo de amigo, mejor te admitirá á su casa, á su familia, á su gracia, y á su gloria; y así no tengas empacho, ni te traiga la maldad que traes urdida contra mí: ese ósculo de paz falso que me das, damele de veras, y con corazon arrepentido, y ahí se acabarán mis ofensas, y tan amigo serás mio, como de antes; y aunque ahora me prendan estos que tú traes contigo, no te desconsuelen, porque eso ya tú no puedes remediarlo, y es fuerza que en mí se cumpla la voluntad de mi Padre, que es que yo muera por tí, y por todos los hombres. Cuida solo de volverte de veras á mí; que te aseguro que por mí jamas te faltará mi amor, ni mi paz. ¡O corazon endurecido! ¡O hombre mas duro que los pedernales! ¿No te ablanda esta mansedumbre? ¿No te provoca una tan gran bondad, y

misericordia? ¿Qué dudas? ¿Pienzas acaso que el Señor te habla de cumplimiento, ó con la doblez que suelen hablar los del mundo? ¿No tienes harta experiencia de su trato, y bondad? ¿No has visto cómo perdonó á la Magdalena, y á otros muchos pecadores, y que despues de haberles perdonado fueron sus amigos, y el Señor en todas las ocasiones volvía por ellos, y los defendia de sus calumniadores, y los amparaba como amigo verdadero? ¿Pues por qué no te vales de la ocasion? Mas, ¡ó señal de reprobacion eterna! No quiere salvarse; quiere perderse, y por eso porfia, y contiende con pertinaz emulacion contra la divina misericordia que le llama. Acude, amigo, acude tú á la voz de este dulcísimo Pastor, que te llama con misericordia, y verdad. no te amilanen tus culpas, que quien te llama no es para confundirte, sino para perdonarte; y si á la pusilanimidad, y cobardía de tu corazon, originada de tus grandes pecados, se le oculta la dulcísima voluntad de este Señor, toma por madrina á su Santísima Madre María, nuestra Señora, y llega con seguridad de que no serás expellido de Dios.

235 Considera como viendo el Señor que Judas no entendia las voces que le daba al corazon, le habló con su bo-

ca

ca santísima, y le dixo: Amigo, ¿á qué has venido? como quien dice, dice San Juan Chrysóstomo: Amigo, te llamo, porque aunque tú no quieras serlo mio, yo lo soy tuyo; y aunque tú no me ames, yo te amo. Piensa bien esta palabra, que es digna de grandísimo reparo. Amigo llama el Señor á su cruelísimo enemigo. ¿Qué es esto, Dios de piedad, y misericordia? Satanás habeis llamado en otra ocasion á San Pedro, que os amaba con todo su corazon; ¿y aquí llamais amigo á Judas, que os aborrece con toda su alma? ¿Amáis al enemigo, y le tratais como amigo: y al que es verdadero amigo, le tratais como enemigo? Pero, ¿ó infinito amor de este Señor para con las almas, y para su remedio! El amigo no quiere verle padecer, ni en pasion, ni en cruz; el enemigo, y traidor Judas le vende, y le entrega á la pasion, á los tormentos, á las deshonras, y á la afrentosa muerte de cruz. Como lo que deseaba el Señor era solo padecer por nosotros, por eso á Judas, que le facilita el morir, y padecer, le llama Amigo; y á San Pedro, que no quiere verle en tormentos, le llama Satanás. Saca de aquí dos cosas: la una el amor á las penas, y trabajos por tu Señor; que no hay razon para que tú aborrezcas el penar, quando ves á Dios

tan amante de la cruz: la otra, que te importa mucho que te desengañes de que los amigos de tu carne son enemigos de tu alma, y á estos has de volver las espaldas, como el Señor se las volvió á San Pedro, diciéndole que se le quitase de delante. Y por lo contrario los enemigos de tu carne, los que te ponen en trabajos, esos son amigos verdaderos de tu alma, y esos debes amar, y llamar amigos, porque amigo es el que persigue á tu mayor enemigo, que es tu cuerpo, y haz cuenta que esto te enseña el Señor en el llamar amigo á su enemigo.

236 Considera la otra palabra que dixo el Señor á Judas: ¿A qué has venido? Haz cuenta que ves al Soberano Jesus, que se vuelve á Judas con un semblante tierno, y amoroso, y hablándole en secreto, y quizas con lágrimas en sus divinos ojos, le dice: ¿Amigo, á qué veniste? Como quien dice: Bien sabes que yo no ignoro á lo que vienes; pero dilo tú por tu boca: amigos somos; ya sabes lo mucho que te he querido: dí, confiesa aquí en secreto tu culpa, y seamos amigos; que como tú la confieses, en ese mismo punto me olvidaré de ella, y te perdonaré. ¡Mira qué piedad!; mira qué amor! ¿qué mas puede hacer la suma bondad de este Señor que rogar con-

consigo, con su amistad, y misericordia, á quien no le quiere, antes le aborrece? ¿Qué es esto, Dios de infinito amor? ¿No haceis harto en ofreceros al que os busca, en daros á quien os quiere, sino que tambien habeis de rogar al que huye de vos, y con traicion tan alevosa os vende? Piensa en esto, Christiano, y ten una muy grande confianza en este Señor, que jamas se te negará, como te buscas de veras; porque ¿cómo se negará á quien le busca, si convida consigo á quien le persigue? ¿Cómo le negará á tu alma aquel ósculo de paz, y amor, si se le da al traidor? Entrañas de amor semejantes es imposible que las puedas pensar, ni imaginar. Aliéntate, pues, y ve-te á sus pies lleno de confianza. Confiesa tus culpas con ánimo de dexarlas, y en ese punto se hicieron las amistades entre Dios, y tu alma: mira que las mantengas, y conserves, que si no faltan por tí, por el Señor no faltarán, porque ama muy de veras á quien le ama.

237 Considera otra vez aquella palabra, que es muy misteriosa: ¿A qué veniste, amigo? Muéstrale su amor al maldito Judas para no espantarle; como si dixera: Dime, ¿á qué has venido á mi compañía? ¿A qué te traxe á mi escuela? ¿Para qué te hice mi Apostol? Piénsalo bien, y res-

póndeme. ¿Te he traído para que te volvieses contra mí? ¿Para que te hicieses de la banda de mis enemigos, y me vendieses? ¿Es esto lo concertado? ¿Esta traicion en dónde la aprendiste? ¿ese fruto has sacado de la doctrina, y milagros que has visto, y oido? Dime, ¿qué ocasion te dí para que así te pierdas, y me pierdas? Mira que tengo gran pena en mi alma en vér que te pierdo, y te vas á la perdicion, despues de haberte cargado tres años sobre mis hombros: ya sabes que eras una oveja perdida, y que yo te saqué de las garras del lobo, y te junté á mi corral rebaño, y con las demas te guardé como verdadero Pastor hasta la hora presente; y tú ahora, porfiando conmigo, te escapas de mis manos, y te vas á las del lobo infernal. Sosiega ese corazon inquieto, dexa esa terquedad, júntate con tus compañeros, y espera de mi misericordia, que como á ellos te perdonaré, y seremos amigos. ¡O dureza, y pertinacia inaudita, y perversa! Atiende tú, Christiano, á estas razones de Dios, y haz cuenta que á tí te las dice, y que te hace cargo en ellas de haberte traído á su Iglesia á la participacion de sus Sacramentos, y al número de sus escogidos, y que quizas como oveja perdida te sacó de las garras del lobo, y te cargó sobre sus hombros

bros con infinito amor : mira si le has correspondido , y aplica- te á tí esta amorosa quexa , y reprehension saludable de tu Señor , y no seas duro como Judas.

238 Considera como viendo el Señor la dureza de Judas , y que nada aprovechaba con blandura , mudó de estilo , y le dixo : Judas , ¿al Hijo del Hombre entregas á los enemigos con ese ósculo de paz , y amistad ? Advierte con particular cuidado en las palabras del Señor , que no dice , ni se quexa de que entregue al Hijo de Dios , ni le pone por delante esa razon , sino el que sea su divina Magestad Hijo del Hombre , aunque es lo mismo ; como quien dice (explica San Ambrosio) : Judas , ¿al Hijo de Dios hecho Hombre entregas á sus enemigos ? ¿Al Hijo de Dios , que por tu remedio baxó de los Cielos á la Tierra , se hizo Hombre , y se unió á tu misma naturaleza , levantándola sobre los Angeles , y honrándola mas que á todo lo criado ? ¿Al Hijo de Dios humanado , que por tí padeció frios , soles , hambres , sed , cansancios , y fatigas , á ese entregas como ingrato , y traidor á sus enemigos , y le entregas con ese disimulo , con esa capa de amistad , con esa paz falsa , y fingida ? Ya que eres ingrato , y desconocido , ¿para qué eres hipócrita ? ¿Para qué finges

que me amas , si eres mi enemigo mortal ? ¿Para qué me besas , como amigo , si me traes vendido como enemigo ? ¿Tan poco te parece el venderme , sino que tambien quieres que yo disimule tu hipocresía ? ¿No te contentas con venderme , sino que tambien quieres engañarme ? ¿Para qué son esos disfraces , si sabes que penetro yo los corazones ? Y si lo haces por estos que tambien quieren que no te tengan por traidor , ¿qué te aprovecha esa cautela , di , miserable , si yo te conozco ? ¿Qué ganas con que no te tengan por malo los hombres , si delante de Dios , y sus Angeles eres tenido por lo que eres ? Carga aquí la consideracion , Christiano , y huye de este maldito vicio de la hipocresía , y ficcion , que es tan malo , que por una parte envuelve un desprecio formal de Dios , y por otra lo acredita de ignorante , pues le parece al hipócrita que puede engañar á Dios , ó si no puede engañarle , no le dá cuidado el ser malo en sus ojos , y solo cuida de no parecerlo á los hombres . ¿Qué mayor desprecio de Dios quieres ver ? Teme , pues , su indignacion , y teme tu ingratitud : ama , y aprecia solo á Dios : desprecia , y abomina la estimacion humana . Mira como Judas , no pudiendo sufrir la reprehension del Señor (como di-

ce

ce S. Agustin) le volvió las espaldas , y partió á juntarse con los soldados , que ya entraban por la puerta del Huerto , y su divina Magestad partió al punto de donde estaba , y con ánimo generoso , sosegado , grave , y modesto se les puso delante . No dexes cosa que no pienses , y consideres ; y así haz cuenta que los Discípulos del Señor , como estaban turbados , y cargados de temor , así que vieron las hachas , y linternas , y oyeron el ruido de las armas y el tumulto de los Soldados , se asustaron todos , y empezaron á temblar ; por lo qual el Señor se volvió á ellos , y puedes considerar que les dixo : no temais , hijos míos , que no vienen por vosotros , ni os han de hacer mal ninguno : por mí solo vienen , á mí me buscan : poneos aquí á mis espaldas , y no temais , que yo me pondré por delante , y los detendré , y así podeis ponerlos en cobro á vuestro salvo , como quisieredes . Vés aquí aquella ave piadosa , que por librar sus polluelos , se expone á las garras de los milanos , y primero se dexará hacer pedazos que le lleguen á ninguno . ¿Quién teme con semejante Capitan ? ¿Quién tiene pavor á la sombra de tan poderoso Defensor ? Armate , Christiano , con este divino escudo : llévale por delante , y no temas

aunque vengán exércitos enteros contra tí : no le pierdas de vista , ténle siempre presente , no andes solo jamas , que como con sola esa compañía vayas , no hayas miedo que por mas millares que se junten contra tí , te ofenda , ni te llegue ninguno .

239 Considera como el Señor puesto enfrente de ellos les dixo en voz clara , que lo podian oír todos : ¿A quién buscáis ? como quien dice : ¿Sabeis á quién buscáis ? ¿conoceis al que venís á prender ? Y ellos respondieron que á Jesus Nazareno buscaban ; y no dicen : A tí te buscamos , á tí te venimos á prender : porque como dice San Juan Chrisóstomo no le conocian ; y es así , porque si le conocieran , nunca se le atrevieran . Cegábalos el resplandor que quiso nuestro Señor manifestar en su divino rostro , dice el mismo Santo ; y así , aunque se habian prevenido de hachas , y linternas , se quedaron á obscuras porque mal les alumbraría esta luz , si los cegaba la de Christo : era verdadero Sol , y cegaba á las aves nocturnas ; pero aunque estaban ciegos , respondieron sin saber lo que decian : A Jesus Nazareno buscamos : á Jesus florido ; que eso quiere decir Nazareno . Venian al Huerto á coger aquella Flor , no llevados de la fragancia de su olor , si para arrancarla del Huerto , y arro-

arrojarla en el campo de su Pasión, y tormentos, para que verdaderamente fuese, y se llamase Flor del campo, hollada, y pisada de los hombres. Para esto os buscan, Azucena cándida, para volveros cárdeno lirio: para esto os buscan, Rosa divina, Paraíso del Cielo, para marchitar vuestra hermosura en el Monte Calvario: para esto os buscarán á Vos los hombres, soberano Redentor, quando Vos los buscáis á ellos, para trasplantarlos de los ásperos montes, y desiertos del mundo, en el Paraíso de la gloria: mira qué modo de buscar el uno, y qué modo de buscar el otro; y teme de buscarlo con los malos, porque buscándole, no mueras en tu pecado. Búscale con los buenos, y del Calvario pásale á tu corazón.

240 Considera como habiéndoles el Señor preguntado á quién buscaban, y ellos respondido que á Jesus Nazareno, entonces les dixo su Magestad: Yo soy; como si dixéramos: ¿A Jesus Nazareno buscáis? Sí. ¿Y sabéis vosotros quién es ese Jesus Nazareno? No lo conocemos. No? Pues ahora le habéis de conocer: Yo soy. Apenas pronunció el Redentor de la vida esta palabra, retrocedieron atrás, y con tal ímpetu, que cayeron todos de espaldas unos sobre otros. ¿Conoceis ahora á Jesus Nazareno? ¿Conoceis aho-

ra quién es el que venís á prender? ¿Sabéis ahora cuánto es su poder, y cuánta su grandeza? ¿Veis como con sola una palabra os derriba, y postra á todos en tierra? Y si no, decidme ahora: ¿qué es de aquel estruendo, de aquella ira, y crueles amenazas con que veníais? Ea, jugad ahora esas lanzas, abrazad esos escudos, herid con esos alfanjes, y atadme con esas cadenas, y sogas. Ea, Judas, que estás caído entre esos caídos, ¿no abres los ojos? ¿No vuelves en tí? ¿No conoces el poder divino sobre tí, y sobre toda tu compañía? Dí infeliz, ¿qué te aprovechó hacer gente de guerra, juntar Soldados, prevenir armas, encender faroles, y hachas, y señalar á tu divino Maestro con el ósculo? ¿Qué te aprovecharon aquellas prevenciones que hiciste, diciéndoles: El que yo besare, ese es, asidle, tenedle, y llevadle con cuidado? Ves ahí frustradas todas tus astucias. ¡O Christiano! Mira que no pases de corrida este paso. Atiende, y considera ¿quién podrá sufrir la indignación de este Señor, quando esté enojado, si ahora, estando para ser atado, escupido, y abofeteado, es tan terrible una sola palabra suya, que derriba en tierra un escuadrón de gente armada? ¿Quién podrá resistirle quando venga á castigar? ¿Qué tal estará el corazón del

malo, quando siendo preguntado si conoció á Jesus Nazareno, si recibió su santa Fé, y Ley; y él, lleno de pavor, se quede enmudecido, y oyga decir: Sí, Yo soy el que por tí me hice Hombre: por tí padecí trabajos, pobreza, cansancio, soles, frios, hambres, y sed: por tí fui preso como ladrón, escupido, azotado, deshonorado, y afrentado: Yo soy aquel que callaba, y disimulaba mis maldades: Yo soy el que tantas veces te llamaba, y convidaba con mi gracia: Yo soy aquel á quien tú despreciaste, y trocaste por Satanás. Dime, ¿podrás tú tolerar este Yo soy, repetido tantas veces? Christiano, piensa bien esto, y enmienda tu vida.

241 Considera como habiéndolos el Señor tenido así postrados (dice San Agustín) aquel tiempo que era bastante para que conociesen, é hiciesen reflexión sobre el poder de su divina Magestad, para que conociéndole, desistiesen de la maldad que traían intentada, les volvió á preguntar, que á quién buscaban? Y con esta palabra, animados ellos del susto que habían tenido, se levantaron; y quando debían responder arrepentidos, que ellos no buscaban ya á nadie, porque ya con esta caída se les habían abierto los ojos del alma, y conocían su ceguedad, y que el Señor á

quien venían á prender les perdonase, porque ya experimentaban era mas que hombre el que con sola una palabra así confundía á tantos hombres: quando debían, postrados en tierra, venerar su poder, adorar su grandeza, y temer su justicia, dixerón ciegos lo que de antes: que á Jesus Nazareno buscaban. Mira á quán miserable estado llega un pecador, y á quán desamparada dureza; pues aunque vea milagros tan patentes por delante, pasado al peligro, se queda en su pertinacia, y obstinacion. Pues si á mí me buscabais (dixo el Señor), ya os tengo dicho que Yo soy: no me lleguéis á mis Discípulos; dexadlos que se vayan, que á mí aquí me teneis. ¡Mira qué paciencia! ¡Mira el amor que tiene á los suyos! Como quien dice: Presto que con la caída que habeis dado no habeis caído en vuestro desatino, haced lo que habeis pensado, que ya os doy licencia: prendedme á mí, y dexad en libertad á los míos. ¡O Rey de misericordia! Todos los vuestros estaban en prisiones, cautivos del demonio; y esas entrañas de amor os obligan á que pacteis con vuestros enemigos, y les digais: Dexad en libertad á los míos, y ponedme á mí por ellos en las prisiones: vivan los míos, y haced de mí lo que quisiéreis. ¿No te cau-